

creer tan solo en el dogma esencialmente agustino de la gracia. Santo Tomás de Aquino, el gran codificador de las teorías católicas, sustentaba que la redención de Cristo, como el bautismo, solo nos limpia del pecado original, y que los demás pecados quedan todos ellos imputables á nuestra responsabilidad y á nuestro cargo. Lutero, conducido por la teoría de la gracia de San Agustín, Lutero, prendado de la predestinación, va creyendo en aquellos porfiados combates de su alma que la salud está en Cristo, que proviene de la redención de Cristo, y que basta para salvarse tener fe completa y absoluta en Cristo. Bien que pasaran todas estas ideas como relámpagos fugaces en su conciencia; bien que cayeran cuantas veces pasaban á los golpes de su teología monástica ahogadas en los efluvios de sus oraciones místicas; denotaban ya cuántos y cuán porfiados combates nacían y crecían y se agitaban en el alma de aquel hombre, que después de sufrírselos con toda la intensidad propia de su vehemencia, postrábase de hinojos al pié de los altares católicos y se anegaba en lágrimas amargas de profundísimo arrepentimiento.

Dentro de la doctrina escolástica encontraba refutaciones vigorosas á la doctrina de la gracia, enseñada por San Agustín. Escoto, muy leído de Lutero, afirmaba que las nociones de presciencia y de predestinación, como sujetas á las leyes del tiempo, no pueden aplicarse á Dios, sér eterno y perfecto. Ni Dios puede prever el mal, ni Dios puede al mal condenarnos; porque delante de Dios el mal no existe y delante de nosotros no tiene más que una realidad contradictoria y muchas veces aparente. Así creía Escoto en la salvación de todos los seres y en la vuelta de los hombres á su cuna que está en el cielo y á su origen que está en Dios. Para el doctor escolástico, la redención llegará también al infierno, apagará las llamas del fuego perdurable; y tomando á los ángeles de las tinieblas, devolveráles su pristina gracia, y les prenderá de nuevo aquellas alas con las que recorrían los espacios inmensos bañados por los mares de la luz increada y henchidos por los ecos de la divina palabra. Pero, francamente, en el seno de aquella doctrina, un hombre del temple varonil y de la inteligencia avasalladora de Lutero, encontraba miles de quiscosas, bien poco propias para fijarle y sostenerle en el centro de la Iglesia. Por ejemplo, á cada paso topaba con aquellos debates respecto á la universalidad de las ideas y á la realidad de su existencia. Y veía que una gran parte

de los pensadores católicos, sujetos á la limitación y á la falacia del sentido, no alcanzaban todo aquello misterioso y sublime que se alcanza solo por las facultades de la inteligencia. Indignado de que no se reconociese sino lo que está en la estrecha experiencia; y no se proclamase la realidad sino de aquello que es puramente individual; achacaba con vehemencia incontrastable á los llamados nominalistas la intención de minar por su base el dogma de la existencia de Dios y con este dogma el de la Trinidad Santísima también. Y luego, cuando se volvía á los realistas y encontraba su empeño de ver en la mente divina la realidad de las ideas universales, huía desalado de ellos, achacándoles errores panteístas. Nadie tan enemigo como él de la incertidumbre y de la duda. Nadie tan furioso contra aquellas prácticas escolásticas que, so pretexto de ejercitar la inteligencia, presentaban el pro y el contra de todos los principios. Nadie tan penetrado como él de que se va á la verdad en alas de la fe, y no por los caminos áridos y estériles del abstracto raciocinio. Así condenaba que un teólogo representase á Aristóteles como el precursor de Cristo, y que en algunas Iglesias se leyese los libros de la moral aristotélica cuando no se leían casi ni el Evangelio ni la Biblia. Su alma se elevaba fuertemente contra la incredulidad; y se creía destinada por Dios á destruirla. Por esta razón Lutero importunaba á los confesores; decía conjuros y exorcismos á cada momento para ahuyentar al diablo; consultaba con febril agitación las obras teológicas en pos de argumentos científicos; y luego caía en esas parálisis de la inteligencia que se llaman éxtasis. Y mezclando el estudio con la meditación, la penitencia material con los ejercicios espirituales, la fe ciega con las argumentaciones escolásticas, la tradición piadosa con las ideas que libremente circulaban por su conciencia, sostenía y enconaba esos grandes combates del alma, que encrespaban desde el principio al fin los oleajes de su triste y tormentosa vida.

Dos auxilios encontró en estos combates, auxilios en consonancia con el temperamento férreo de su ánimo. No lo dudeis; en la historia existen esas complexiones delicadas, tiernas, sentimentales, poéticas, que contrastan con las complexiones enérgicas, valerosas, tenaces, formidables, aptas y aparejadas para todo lo extraordinario y lo sublime. Son las unas como el astro del día y las otras como el astro de la noche. Tienen estas la palidez melancólica y

hermosa de la luna y aquellas el fuego abrasador del sol. Cuando oís á las almas tiernas, creéis oír al ruiseñor en la enramada; y cuando oís á las almas enérgicas, creéis oír al águila en el picacho. Reverberan las unas el horizonte azul, las estrellas deslumbradoras, la hermosura de artísticas riberas, como ese espejo veneciano que se llama el Mediterráneo; mientras las otras mugen y braman y se enfurecen y se encrespan como la inmensidad del océano. Si las almas tuvieran sexo, diríase que ciertos pensadores, tiernos, dulces, sensibles, tienen alma de mujer; y que otros pensadores impetuosos, incontrastables, fortísimos, tienen una verdadera alma de hombre. Para persuadiros de esta verdad recorred todas las esferas en que el espíritu humano se manifiesta claramente. Mirad en poesía á Horacio y á Virgilio, en pintura á Rafael y á Miguel Angel, en ciencia á Platon y Aristóteles, en música á Beethoven y á Mozart, en arte dramática á Calderon y á Racine, en religion á San Pablo y á San Juan; y ved luego si confirman ó no las anteriores observaciones. Pues bien, Lutero pertenece á las almas varoniles por su temple, y como pertenece á las almas varoniles, gusta extraordinariamente de San Pablo como gusta extraordinariamente de San Agustin. El Apóstol de los gentiles se aparece en la historia como un guerrero, lleva en los altares un libro y una espada, combate con igual furor á sus enemigos encarnizados que á sus amigos disidentes, sufre varias veces el martirio que no logra concluir con su robusta vida, pasa por varios naufragios que no anegan su erguida cabeza, recorre la tierra conocida como un conquistador romano anheloso de los asedios, de las batallas, de las guerras por la verdad, de todo aquello en que deba emplearse la actividad y la fuerza. Lutero admiraba rendidamente, y seguía á ciegas, por impulsos de su natural fortísimo, á hombres de ese temple. La epístola á los romanos constituía el fondo de sus meditaciones; y en la epístola de los romanos esta palabra: «la justicia de Dios;» á la cual añadió, allá en los disturbios continuos de su inteligencia lacerada: «la justicia que Dios ha puesto en nosotros por los méritos de Cristo.» Y en estas frases, que pasaban culebreando como una centella por los cielos de su alma, encontrábase ya el gérmen de la reforma. Pero debe insistirse en que dentro del monasterio apartábase de todas estas desviaciones de la doctrina católica; y caía, como en su centro de gravedad, en el seno de la mas pura ortodoxia.

Otro de los hombres, que mas contribuyeron á formar el alma del reformador, fué el sabio Staupitz, superior de su órden y uno de los primeros místicos de su tiempo. Vicario general de los agustinos, habíase de tal suerte empapado en las doctrinas de San Agustin, que aceptaba sus ideas sobre la predestinacion y sobre la gracia, y aceptando sus ideas sobre la predestinacion y sobre la gracia, tocaba sin advertirlo y sin quererlo en los primeros límites de la herejía y cooperaba mal de su grado á la fundacion y establecimiento de la Reforma. Era este sabio agustino uno de los hombres que mas habian meditado sobre la necesidad de renovar la Iglesia, único medio, segun su sentir, de evitar esas revoluciones que se llaman cismas en el habla eclesiástica. Así muchas veces, paseándose en los claustros del convento de Erfurt; y viendo en sus paredes colgado el retrato de un predecesor suyo, vicario como él de la religion agustina, que contribuyera poderosamente á la condenacion de Juan Huss, decia: «si no se ha arrepentido de su crimen, estará en los infiernos.» Staupitz consolaba á Lutero, diciéndole que sus angustias de un dia le llevaban á la salud eterna; que su desconfianza de las propias virtudes y de las propias obras le hacia pensar en la eficacia de la sangre de Cristo; que todo combate en esta vida no podia tener su victoria sino allende la muerte; que, si Dios no perdonaba á los hombres por las obras y los méritos de Cristo, no podia perdonarlos ni por las propias obras ni por los propios méritos; que no hay medio de convertirse ni de salvarse ¡ay! si en vez de ver al Eterno como un padre amoroso, le vemos como un juez airado; que, en la palabra evangélica y en sus promesas de salud debe aprenderse la confianza y en las llagas de Cristo y en sus dolores por nosotros tocarse la predestinacion; que se necesita pasar por la vida con la profunda seguridad del perdon de nuestros pecados por la pura fe en la divina persona de Cristo. «Oyéndolo, dice Lutero, sentíame como recién nacido, é imaginaba que se me abrian de par en par las puertas del Paraíso.» Las puertas que, en realidad, le abrió el amor de su vicario general, fueron las pesadas de la Universidad de Wittemberg, la cual debia ser para Lutero lo que Florencia para Savonarola y lo que Ginebra para Calvino. Allí, por pasar del claustro de la penitencia y del dolor al claustro de la filosofía y de la disputa, no perdió ni su ortodoxia en las ideas, ni su ascetismo en la vida. Enseñaba la

ciencia filosófica con repugnancia, pues hubiera preferido mil veces enseñar la ciencia teológica, mas apropiada ciertamente á la sublime naturaleza de su espíritu. Pero, mientras enseñaba la escolástica y sus disquisiciones, adquiría nuevos grados y títulos que le autorizaban á fundar otras enseñanzas. Y en tal estado escogió la explicacion oral de la Biblia. Semejante materia debia conducirle poco á poco á proclamar otro de los principios de su nueva creencia, á la sazón no sospechado siquiera por su espíritu cada vez mas arraigado en el ara santa de los altares católicos. Debe considerarse, sin embargo, que Lutero conocia hasta entonces la Biblia en los textos latinos y en los comentarios de los santos padres. Para elevarle mas, para conducirle á otras alturas mas sublimes de la ciencia humana, estaba ahí el Renacimiento aleman bien diverso del Renacimiento italiano en su forma, aunque cooperando en su fondo al mismo fin y al mismo objeto. El Renacimiento italiano es esencialmente artístico y el Renacimiento aleman esencialmente científico. El Renacimiento italiano tiende á resucitar los diálogos de Platon y el Renacimiento aleman los libros de la Biblia. El Renacimiento italiano estudia principalmente el griego y el latin; el Renacimiento aleman, sin descuidar el latin, estudia principalmente el griego y el hebreo. Estos sabios buscaban por impulso instintivo y por intuicion soberana las fuentes misteriosas de donde se originara la doctrina de Cristo. Lutero, que á la sazón tenia unos veinticuatro años, pues pasaba todo esto en 1507, dióse con el furor propio de su alma batalladora al griego y al hebreo. Por el conocimiento de esta lengua pudo conocer tambien el texto judío de la Biblia; por el conocimiento de aquella lengua pudo conocer el texto heleno, la clásica version de los Setenta y los evangelios en su texto original. ¡Cuántas y cuán grandes revelaciones! ¡Qué horizontes se descubrirían á los ojos de su alma! ¡Con qué profundidad vería un nuevo mundo en los textos y en las letras de las viejas y sacratísimas lenguas con cuyas palabras habia hablado en sus misteriosos orígenes la idea religiosa! Mas Lutero quedó siempre hecho un ortodoxo, fiel á la autoridad de la Iglesia y observador de las reglas monásticas. Y, en esto, y para acabar de influir decisivamente en sus destinos históricos, su vicario general le envió á Roma y en Roma se le reveló clara su vocacion y entero su destino. *15 de Julio de 1507*

CAPÍTULO IV

EL RENACIMIENTO ALEMAN

Cuanto mas se estudia, y con mayor reflexion, la historia, se observa que todos los movimientos del espíritu humano convergen á un punto, y que todos los grandes ingenios desaguan, como los rios, en el océano de una inmensa idea. Difícilmente podria comprenderse la Reforma sin comprender el Renacimiento; y difícilmente podria comprenderse el Renacimiento sin estudiar al hombre que lo personifica, sin estudiar á Erasmo. Toda la Reforma germánica se personifica en una sola figura, y se conoce por un solo nombre: se personifica en la figura de Lutero y se conoce con el nombre de luteranismo; y todo el Renacimiento aleman se conoce y se personifica en el nombre de Erasmo. Este escritor, tipo perfecto del literato, mejor dicho, del humanista, intenta hacer en aquella crítica segunda mitad del siglo décimoquinto, lo que Savonarola por los impulsos del corazon y los arrebatos de la elocuencia; lo que Lutero por los impulsos del entendimiento y los golpes de la dialéctica; una revolucion religiosa, ó por lo menos una reforma profunda en la Iglesia de la Edad media. Pero hay una diferencia entre el gran literato y los dos profetas; la diferencia que hay entre la inspiracion y el juicio, la diferencia que hay entre la pasion y la crítica. Erasmo sabe mas, sin duda alguna, que los dos juntos; Erasmo mide mejor toda la trascendencia de las ideas; Erasmo traza con exactitud el límite en donde deben detenerse las innovaciones; Erasmo combate sin piedad todo lo que cree error y defiende con perspicacia todo lo que cree verdad; pero no tiene el poder y el influjo de